

NECROTURISMO: EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE

José María CORELLA IRÁIZOZ

Desde joven he sentido, allí donde me encuentre, una irrefrenable atracción por visitar y conocer los cementerios. No me ha movido ni me mueve a ello sentimiento alguno de veneración a huesos y cenizas. Tampoco me impulsa la rareza de encontrarme a gusto entre muertos por disgusto de la vida o por raras elucubraciones orientadas a meditar *in situ* sobre difusos límites entre tiempo y eternidad, entre inmensidad y espacio, entre lo finito y lo infinito, o entre lo accidental y lo absoluto. Lo que realmente me seduce de los cementerios es que cualquiera de ellos, sea grande o pequeño, es fiel reflejo de la ciudad o del pueblo en que se halla. Por eso hay cementerios que son anodinos, célebres, tétricos ...

La voz "cementerio" proviene del griego *Κοιμητηριῶν* (*koimenterión*), que significa "sueño", y me gusta mucho más que "necrópolis", también oriunda del griego *nekros* (muerto) y *polis* (ciudad). ¿Es más acertado decir "ciudad de los muertos" que "cementerio"? No lo sé, pero que yo sepa los cadáveres no se pasean nunca por los cementerios ni esos lugares suelen andar envueltos en emanaciones fétidas. Sin embargo, de unos años a esta parte lo



Vista del Cementerio Pere Lachaise de París

de "ciudad de los muertos" debe estar calando en las gentes, pues va a más la moda del necroturismo o "turismo de cemen-

terios", cosa que nada tiene que ver con la invasión —a veces tan densa y holgoriosa como irrespetuosa— que padecen los camposantos el día uno de noviembre. La existencia de necroturistas es un hecho, ya que recientemente he vuelto a visitar el cementerio del Padre Lachaise en París y, aunque sería exagerado decir que circulaba por sus calles y avenidas tanta gente como por los turísticos Campos Elíseos o Barrio Latino, lo cierto es que por ahí andaba la cosa. Incluso en el quiosco que hay a la salida de la boca del metro que te deja a cuatro pasos de este camposanto, se venden planos de él con una relación de los enterramientos.

En París hay la friolera de 20 cementerios y, según los parisinos, 14 corresponden a "intramuros" y 6 a "extramuros". Entre los de intramuros hay cuatro que, por descansar en ellos los restos de importantes personajes, gozan de merecida fama. Esos cuatro son los que yo suelo visitar, porque en el de Montparnasse están —entre otras tumbas— las de Baudelaire, Cesar Frank, Camilo Saint-Saëns...; en el de Montmartre, las de Berlioz, Dumas (padre e hijo), Offenbach, Léo Delibes, Emilio Zola, Renan, Stendal, el gran bailarín Nijinski...; o, en el de Passy, la de Gabriel Fauré, Debussy, Rostand, el gran cómico Fernandel... Este de Passy, situado en Trocadèro, justo a un costado del *Palais de Chaillot*, fue el primero que viviendo en París allá por el año 1966 visité y le tengo un especial afecto; pero el que más vivamente me impresionó y encandiló fue el ubicado al Este de la ciudad, construido sobre los terrenos de una leve colina llamada *Champ-l'Évêque* ("Campo del Obispo") y que responde al nombre de *Cimetière du Père Lachaise*.

A mediados del siglo XVII esos terrenos fueron adquiridos por los jesuitas y construyeron en ellos una suntuosa casa de reposo y convalecencia para miembros de la Compañía ignaciana. El más ilustre ocupante de esta casa fue François d'Aix de La Chaise, S. J. (1624 – 1709), más conocido como Pa-

dre Lachaise, que fue confesor del rey Luis XIV. Con la expulsión de los jesuitas en 1763, el dominio (un total de 44 Ha.) pasó por varios propietarios hasta quedar en manos de la ciudad en 1803 y la municipalidad de París decidió instalar allí un cementerio que, tras cuidadosa urbanización, abrió sus puertas el 21 de mayo de 1804. Durante el siglo XIX, y debido a los ilustres enterramientos que se llevaban a cabo, prestigiosos escultores y arquitectos fueron contratados para la realización de estatuas y panteones que terminaron por convertir el cementerio en un fabuloso museo al aire libre. Es el cementerio más grande de París, quizá el más famoso del mundo, y a mí siempre me ha resultado un lugar tan mágico como extraño por el curioso ambiente romántico que lo invade todo, y que circula por sus bellos caminos repletos de árboles centenarios.

El Cementerio del Padre Lachaise no puede verse al completo en un solo día. Al margen de su gran extensión, lo que más alarga la visita son las casi continuas paradas que uno hace para contemplar alguna obra de arte o rezar una sentida oración ante la emocionada sorpresa de encontrarse frente a los restos de alguien a quien admiró o guarda grata memoria. ¿Cómo no vibrar ante la tumba de María Callas, la inmensa soprano que nos hizo estremecer con su voz y sus interpretaciones, o ante la de Frédéric Chopin? ¿Cómo no sentir una chocante vibración interna al topar con la de Francisco Largo Caballero, el marxista e histórico dirigente del PSOE y la UGT, que fue ministro de Trabajo y Presidente de la Segunda República Española? ¿O con la Miguel Ángel Asturias, el escritor y diplomático guatemalteco que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1967, y nos sigue deleitando con sus novelas *El Señor Presidente* y *Hombres de maíz*?

El paseo por el Cementerio del Padre Lachaise es emocionante, pues permite que evoquemos a escritores tan eminentes como Honoré de Balzac, Alphonse Daudet, Jean de La Fontaine, Alfred de Musset, Guillaume Apollinaire, Marcel Proust, Molière, Oscar Wilde o Colette; a músicos tan entrañables y célebres como Vincenzo Bellini, Georges Bizet o Gioacchino Rossini; a cantantes y actores tan entrañables como Yves Montand (enterrado junto a la maravillosa Simone Signoret, la gran intérprete de *Las diabólicas*, *Las brujas de Salem* o *Un lugar en la cumbre*) y la inconmensurable Édith Piaf (basta con

cerrar los ojos para escuchar su personalísima voz interpretando piezas como *Milord*, *La Vie en rose* o *Sous le ciel de Paris*); a la inolvidable y genial bailarina Isadora Duncan, de la Ópera de París; a Sarah Bernhardt, sin duda la mejor actriz de teatro de todos los tiempos, que fue la primera en profundizar en la psicología de los personajes, estudiar cada gesto y cada entonación del texto en pos de la naturalidad, y que destacó permanentemente por jamás haber caído en sobreactuación o afectación; a Louis Gay-Lussac, el químico y físico que tan magna contribución hizo a las leyes de los gases...

Se camina anonadado ante tanta gloria enterrada y, sin mayor esfuerzo, se concluye que todo en este mundo es pasajero y efímero. Nunca como aquí se aprecia con toda su carga aquel pensamiento de Tagore, que dice: *"Como un mar, alrededor de la soleada isla de la vida, la muerte canta noche y día su canción sin fin"*. El corolario que surge tras tal reflexión invita, en cierto modo, a menospreciar la muerte porque hace ver que ella encierra en sí misma un enorme beneficio: enseñarnos a despreciar la arrogancia, la vanidad, la presunción.



Tumba de H. Balzac en París

Yo, lector, quiero incitarte a visitar y recorrer sin prisa —y con pausa— el Cementerio del Padre Lachaise en París. Si tengo éxito y la incitación termina convirtiéndose en tentación, déjame recordarte lo que Oscar Wilde, allí enterrado, dijo: *"El único medio de librarse de una tentación es ceder a ella. Resistid y vuestra alma enfermará de deseo por aquello que le ha sido vedado"*. A mí ya no me queda más que poner punto final.